

SOBRE EL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE AYACUCHO

Luis Guillermo Lumbreras Salcedo

Profesor Emérito de las Universidades de San Marcos y Huamanga

lglumbreras@gmail.com

Recibido: 22/03/2019

Aceptado: 19/05/2019

COMO CITAR/CITATION

Lumbreras, L. G. (2019). “Sobre el desarrollo económico y social de Ayacucho”. *Alteritas. Revista de Estudios Socioculturales Andino Amazónicos* (9): 31–36.

Resumen. Este trabajo reflexiona sobre los componentes necesarios para el desarrollo económico y social de Ayacucho, considera la importancia en este proceso a la arqueología que posibilita el turismo, pero no como la única alternativa, sino se considera otros recursos como Pampa Galeras, las puyas, los morochucos, los sarhuas, festividades como la semana santa, los carnavales, todos los santos, la artesanía diversa, la arquitectura y los templos coloniales. Sin embargo, hay necesidad de superar la carencia de una política regional de ciencia y tecnología, de participación y vigilancia ciudadana, de un fortalecimiento de la gestión regional y local que por ahora están agotadas y debilitadas.

Palabras clave. Ayacucho. Desarrollo. Turismo. Arqueología. Monumentos. Paisajes. Fiestas.

ON THE ECONOMIC AND SOCIAL DEVELOPMENT OF AYACUCHO

Abstract. This work reflects on the necessary components for the economic and social development of Ayacucho, considers the importance in this process to the archeology that makes tourism possible, but not as the only alternative, but other resources such as Pampa Galeras, puyas, los morochucos, sarhuas, festivities such as Easter, carnivals, all saints, diverse crafts, architecture and colonial temples. However, there is a need to overcome the lack of a regional science and technology policy, of citizen participation and vigilance, of a strengthening of regional and local management that are now depleted and weakened.

Keywords. Ayacucho Developing. Tourism. Archeology. Monuments. Landscapes. Parties.

He sido consultado, hace algún tiempo, sobre la necesidad de habilitar el sitio arqueológico de Wari y también Vilcashuamán y otros sitios arqueológicos en Ayacucho, en la perspectiva de que el turismo sería una fuente sustantiva para el desarrollo económico regional. Yo estoy de acuerdo y por eso he participado en la elaboración de un Plan de Manejo de Wari y el circuito turístico que puede generar su habilitación y uso público, procurando convertir Huamanga, Pikimachay–Pacaicasa, Wari, Quínuá, Huanta y San Francisco en una provocadora red turística, así como la que se puede armar en Pampa Galeras, Puquio, Sondondo y Andamarca en el sur. Creo que es un programa que hay que llevar adelante. Pero no es la única alternativa de desarrollo en Ayacucho.

Los atractivos turísticos de Ayacucho carecen de un plan acorde con su posible adecuación para su servicio. Se advierte una apresurada selección de los destinos turísticos, que además no cuentan con los servicios y programas que hagan que se conviertan en destinos de oferta sustentable, generando una reversión de su papel convocante, revirtiendo la voluntad de visita en una corriente de rechazo que inhibe el retorno de los visitantes e influye sobre otros de manera negativa.

El turismo es, sin duda, un medio de movilización de los recursos y las empresas de la región, en un rango de progresivo ascenso y generación de bienes y servicios de gran alcance, tanto en los campos de la conectividad local y regional, como en la maximización de la oferta de servicios de transporte, hotelería, alimentación, comercio, industria y artesanía, afectando todos los niveles de operación económica. No cabe duda que Ayacucho tiene una fuente notable de atractivos que pueden ser transformados en objetos de interés turístico a nivel nacional y mundial; lo son principalmente los restos históricos de la época colonial como los que hay en Huamanga o en Paqcha, que deben ser habilitados para su uso público, o los arqueológicos como la ciudad de Wari, que es tan importante e imponente como el Cusco o Chanchán, pero que también debe ser preparada para su uso público, sin destruirla como está ocurriendo, dotándola de los servicios y bienes que hagan del lugar un punto de convocatoria y no una mera curiosidad. Hay Vilcashuamán y Vischongo, hay Pikimachay y Azángaro en Huanta, y Andamarca y los muchos asentamientos de Sondondo, que junto a Pampa Galeras y su población de vicuñas, el bosque de Puyas y los morochucos, los sarwas, de Pampa–Cangallo, son verdaderos centros de interés público de largo alcance.

Pero, desde luego, la presentación de esos bienes históricos, como Wari o los templos coloniales, acompañados de los actuales cultores del arte tradicional, tanto musical como artesanal, no son tanto parte de un espectáculo, como podría ser la presentación de las festividades de la Semana Santa, Todos Santos o Carnavales, sino también y sobre todo el testimonio memorioso de la forma como se desarrolló y organizó la región durante los 10,000 últimos años. No es memoria destinada a orgulllos fatuos o identidades desconcertadas, sino una fuerte base de identificación de las líneas maestras que identifican las rutas

más profundas de nuestro proceso de desarrollo.

Nos dicen, estos bienes con destino turístico, que tuvimos un proyecto de gestión de todo un Tawantinsuyu anterior a los Incas, que fue de mucho éxito, porque logró unificar en un proyecto de crecimiento sostenido a todo el territorio andino y a la región de Ayacucho, con ampliación significativa de la frontera agrícola, la apertura de una nueva fuente de desarrollo mediante la masificación de la manufactura textil, minera metálica y no-metálica, y de otros rubros de la producción, con la explotación cruzada de los medios de obtención y procesamiento de la materia prima y la mano de obra especializada, así como el cambio de la gestión estatal, con registros cuantitativos con apoyo de los quipus y con medios de comunicación eficientes gracias a la red de caminos del tipo que conocemos como Qhapaq-ñan, que permitía la conectividad extensa de todo el territorio, desde Chachapoyas y Piura hasta Moquegua y Canchis, con el eje mayor siguiendo la cordillera y con las formas de conexión hacia el oeste con el mar y el Este con la montaña.

Todo eso funcionaba teniendo por centro a la ciudad de Wari. Es un buen negocio turístico, pero es aún más importante si tenemos en cuenta que eso fue posible gracias al desarrollo que alcanzó Ayacucho en la manufactura, que salvó a la región de una crisis gravísima que desmoronó a los pueblos andinos de todo el territorio y que hizo posible el crecimiento de esta región y la convirtió en el centro del país entre los siglos VI y XI de nuestra era. Pero eso seguiría siendo una anécdota del espectáculo turístico si no fuera porque podemos comprobar que por otro lado, el éxito de la minería convirtió Ayacucho, por sus posibilidades de conectividad, también en uno de los puntos exitosos del Virreynato peruano, que consolidó, junto a los templos y conventos, una manufactura de orden religioso de primer orden. Ayacucho no es ni fue proveedor de bienes agrícolas ni antes ni después de estos eventos, fue —y así lo conocimos varios de nosotros antes de 1950, en el período de pos-guerra— un punto de encuentro de los Andes y un centro exportador de arte y manufactura de primer nivel. Y eso lo saben también los turistas que compran las “iglesitas”, los “retablos” o los “tejidos” ayacuchanos tan lejos como Nueva York, donde el boom comercial ha hecho que los reproduzcan, porque la producción local no está en condiciones de abastecer el mercado.

Lo que no saben los turistas y muchos de nosotros es que todo eso no es arte de magia, sino el resultado de una confrontación entre los ayacuchanos de todos los tiempos y sus condiciones materiales de existencia, donde más que los productos agrícolas, son los productos naturales, animales, vegetales y minerales, los que indujeron desde siempre a los ayacuchanos a una salida manufacturera o industrial, sin abandonar la agricultura o la ganadería que fueron y son la base de su subsistencia, aunque no de su desarrollo y crecimiento.

Según los indicadores existentes, la agricultura en Ayacucho tiene varios limitantes, dado que los suelos son de baja fertilidad natural por una deficiencia de nutrientes y escaso contenido orgánico, que desde luego puede parcialmente superarse en nuestro tiempo. Eso,

aparte de su dispersión y fragmentación, con pendientes empinadas, que generan suelos poco profundos, inestables y sensibles a la erosión del agua. Eso que obliga a replantear las estrategias y políticas de inversión en este rubro, que entre otros factores se enfrenta a la clara fragmentación de la propiedad, con el 91% de parcelas y minifundios menores de 1 ha. La explotación es doméstica a nivel familiar o comunitario, con una inadecuada infraestructura de riego; casi en su mismo nivel está la ganadería, que reproduce ovinos con poca lana y carne magra y vacunos deficientes en leche y carnes. Todo eso mejoraría con un tratamiento adecuado de los pastos y del tipo de alimentación que se diera al ganado, que aún se preserva dentro de los malos o deficientes manejos de los tiempos coloniales de su implantación. Lo mismo debe aplicarse a la retoma de la ganadería de camélidos, que fue abandonada por los europeos y los europeo-dependientes.

La minería, que es un rubro especialmente significativo en la parte sur del Departamento, cumple un papel estabilizador mediano, aun cuando el carácter intenso de la minería informal, le genera muchas dificultades de crecimiento y perversión de la actividad. De hecho, fue gracias a la minería y la manufactura que Ayacucho creció entre los siglos XVI y XIX, aprovechando las minas de Atunsulla y Huancavelica; su declinación coincide con la pérdida del interés internacional en los productos de ese mismo rango tanto en el Perú como en México, cuya vacancia facilitó las políticas interventoras en beneficio del mar —más que de la costa— que se definió gravemente con la carretera Panamericana, que dejó a los pueblos de la sierra en el traspasio del país y expulsó del Perú a los de la selva, que dejó al país como sólo una costa de tránsito para el abastecimiento de los barcos y al resto de los territorios nacionales como fuente de extracción de materia prima con destino a la exportación, sin programas de reinversión en ninguno de nuestros territorios. En la costa, crecieron los pueblos próximos a los puertos con capacidad de recibir barcos de gran calado; Lima, con el Callao al lado, creció y desarrolló y crecieron, aunque con poco rango de desarrollo, los demás pueblos de la costa, que sólo mejoraron cuando descubrieron que sus productos de valle, tales como la caña de azúcar, el algodón o las uvas, podían ser exportados.

En todos los casos, la incidencia de las deficiencias de conectividad es muy fuerte y fue y es nuestro Talón de Aquiles, salvo en la época Wari —entre los siglos IX y XII de nuestra era, cuando estábamos conectados muy generosamente con el norte hasta el Ecuador, con el sur hasta Puno y Moquegua, con toda nuestra costa y con nuestra montaña— aun cuando esto se está comenzando a corregir lentamente. En los años recientes, esto ha afectado positivamente el rubro de construcción, dinamizando el sector de empleo y las expectativas del comercio, que fue siempre un factor central en el desarrollo de la región. Sus carencias inciden en la competitividad regional y en todos los rubros de la actividad social y económica.

Es necesario recordar que una parte del éxito de Wari se debió a la política caminera que estableció—igual que lo harían los Incas después—y que la vigencia de esas mismas redes

de caminos, durante la Colonia y antes de la implantación de la carretera Panamericana, permitieron que la sierra fuera el centro de movilización económica y social que hizo posible el crecimiento de lugares como Ayacucho, Huánuco, Cusco, Puno o Cajamarca, que luego quedaron fuera de las políticas de desarrollo vigentes. Aún queda en el recuerdo el plan ferrocarrilero que lograba rescatar las rutas del Qhapaq-ñan y que se detuvieron en el trámite entre Huancavelica y Cusco antes de pasar por Huamanga.

Hay varios puntos que contribuyen a ahondar las deficiencias anotadas; el principal punto es la carencia de una política regional de ciencia y tecnología, dado que muchas de las posibilidades de intervenir en los rubros carentes no se hacen porque faltan los conocimientos suficientes para que tales intervenciones sean exitosas. Por cierto, todo eso se articula con los problemas de empleo y pobreza que afectan la vida de la región, a los que se suman los de educación y salud.

La Universidad de Huamanga tuvo ese fin, antes de convertirse en una Universidad más del sistema, por los inopinados decretos del centralismo republicano. Allí se comenzaron a preparar profesionales con capacidad de enfrentar los problemas de la región, para la agronomía o ingeniería rural, la manufactura o la minería dentro de los rubros centrales de la producción regional, así como los especialistas con el rango de enfermeros y obstetras, que son los que resuelven la prevención en la salud, evitando competir con las universidades que forman médicos urbanos para los hospitales de clase 3 (que hay muy pocos en el Perú), o los especialistas en Educación –fundamentalmente primaria, que es la base de todo lo demás– y, desde luego, los científicos que se ocupan de la investigación de los temas de la vida –los biólogos– y de la sociedad –los antropólogos– acompañados por los conocimientos de los filósofos, los químicos, los matemáticos o los geólogos, que, junto con los profesores de Quechua, eran parte sustantiva del claustro universitario. No se formaban teólogos, abogados, médicos o arquitectos. Nuestros ingenieros rurales podían construir casas en el campo, trazar caminos y puentes, evaluar y apoyar obras hidráulicas y sobretodo intervenir en las tareas agrícolas para la intensificación agrícola y el mejoramiento de los cultivos y las semillas, para una más exitosa ganadería.

Para todo eso, además de la experiencia universal acumulada, contaban con la sabiduría de los campesinos ayacuchanos, cuya experiencia enriquecía notablemente los quehaceres y saberes universitarios. Pero el Estado Nacional, comprometido con el proyecto de crecimiento urbano, requería doctores y no científicos adheridos al campo y a las condiciones de un territorio encuadrado dentro de la franja desértica del planeta, diversificado por sus características orográficas y su vecindad con un mar alterado por los movimientos del océano Pacífico del sur, donde además de sus volcanes, se cruzan las corrientes frías del Antártico y las calientes de la banda ecuatorial, que mecen constantemente sus costas y montañas, gracias al desplazamiento de las placas tectónicas que están debajo de las aguas.

Como parte de las cosas por hacer, es necesario proponer una política regional de participación ciudadana sin restricciones, con vigilancia de la gobernabilidad, con menos

conflictividad social y más seguridad ciudadana, junto a la implementación de una política regional de inversión, que debe generar la sustitución de las dominantes economías de subsistencia, aplicando prácticas de inversión del sector privado y desde luego del Estado. Es una buena idea gestionar mayores ingresos con opciones procedentes del canon del gas que viene del oriente y también generar una fuente de energía reformulando los planes desconcertantes del Proyecto Cachi. Hay mucho que se puede hacer, pero da temor el incrementar los recursos presupuestales locales o regionales, por la manera como están siendo manejados. Eso significa que también hay que educar a los funcionarios.

Todos perciben que la gestión regional y local muestra signos de agotamiento y debilidad en su organización y administración, donde la descentralización no ha hecho más que desnudar sus inclemencias, de modo que más que resolver problemas los ha agravado, debido sobre todo a que se mantienen sus viejas estructuras, sólo cambiando de nombre las instancias de desarticulación, que se han trasladado a las provincias y distritos, generando nuevas y más complejas redes burocráticas de inoperancia y corrupción, favoreciendo el desarrollo del clientelismo y la pérdida de habilidad e intensidad para el trabajo productivo.

Es muy temprano para que se produzca este agotamiento, el problema reside en el mantenimiento de los modelos y los intereses sectoriales. Ya no hay haciendas, pero siguen funcionando; ya no hay prefectos, pues sólo se les ha cambiado de nombre, pues ahora se llaman “presidentes regionales”. Ya no hay centralismo, pero todo se consulta con Lima, donde se sigue decidiendo la operación económica regional y local, en virtud de la unidad nacional mal entendida. Pero parece que así está bien, porque internamente las instancias regionales fallan desmedidamente.

Debe retomarse el diseño original de la UNSCH y debe reestructurarse el canon de las estructuras de operación estatal, donde el gobernador debe estar asociado a un gabinete técnico –como los Ministros del Estado Nacional– con capacidad técnica para conducir la política regional de desarrollo por sectores adecuados a la realidad regional y no por personalidades locales con vocación política no necesariamente comprometida con la capacidad de gestión que requiere un gobierno. Para ellos hay la instancia parlamentaria que debe ser la que cumpla un papel legislativo regional que ahora no existe y que debe ser autónomo e independiente del ejecutivo regional. De otro modo, seguimos alimentando la sedición y los conflictos, que pueden superar los daños que ya se dieron en las últimas décadas. Eso no se resuelve haciendo las cárceles más grandes y menos aun matando gente; se resuelve mejorando las opciones de crecimiento y bienestar. Esa es la democracia con la que podemos comenzar a resolver nuestros problemas.